

La desorientación en la adolescencia ante el caos relacional de las personas adultas

Dra Maria Jesús Comellas

Marzo 2007

La consideración de que los problemas los provoca quien los tiene nos lleva, en muchos momentos, a desviar el interés y atenciones más hacia las consecuencias que hacia las causas especialmente si estamos analizando unas etapas de la vida, como la infancia y la adolescencia, en la que los protagonistas están influenciados y condicionados por el entorno, en general, y por los adultos que les sirven de modelo, en especial.

Al nacer no se tiene información ni recursos para tomar decisiones ante las demandas de los adultos y exigencias del entorno: alimentación, cuidado personal, aprendizajes. Será en la familia, inicialmente, donde se recibirán las primeras respuestas a estas necesidades. A partir de ellas se irá construyendo la visión del mundo, de las reglas del juego y, por tanto se hará el aprendizaje de la manera de actuar correcta y esperada.

Si las respuestas que se reciben son contradictorias, opuestas o incoherentes este aprendizaje también se hará pero de forma distorsionada lo que condicionará, en gran medida, la forma de comportarse y podrán provocar un desconcierto: “¿Qué quiere decir NO?” “si hay gente puede ser un no pero bueno esta vez sí”; “si hay gente y me pongo a gritar el No se convierte en sí aunque con gritos” y un largo repertorio de comentarios de los menores ante situaciones que modifican el sentido de las palabras y demandas adultas.

Con la incorporación al mundo escolar se abrirán nuevos horizontes (más adultos, gran diversidad de compañeros y compañeras) y nuevas maneras de dar respuestas a las mismas demandas, con la consiguiente ampliación de criterios, respuestas ante las mismas de conductas i diferentes imágenes de los adultos.

En función de la coherencia y coincidencia con las pautas familiares se reforzará el sentido de las demandas o se iniciará un largo proceso de desorientaciones y contradicciones: ¿Qué es lo que se espera que haga?; ¿Ahora qué debo aprender?; ¿Qué es lo mejor? ¿A quien escucho? Son preguntas que continúan poniendo en evidencia la visión de muchos niños y niñas y adolescentes.

Esta desorientación y dudas comportarán que, durante la etapa de la educación primaria: de 6 a 12 años, se hagan nuevos tanteos en busca de criterios para saber, realmente, cómo se debe actuar.

La interpretación de los adultos en relación a que la infancia, en el mundo actual, tiene actitudes provocadoras, hace demandas inadecuadas y tiene un grado alto de exigencia es una percepción relativamente real pero que no profundiza en Por qué están actuando de esta manera? ¿Dónde empezó el desconcierto? ¿Cuáles serían las causas de esta dificultad de comprensión de lo que se espera según la edad, tanto en la sociedad como en el centro educativo?

Lo que está pasando no es inevitable y lógicamente la causa no está en los menores sino que hay que buscar en el proceso y en cuantos intervienen de forma directa..

Cuando nos encontramos con grupos o individuos cuyo comportamiento es adecuado y creemos positivo, emergen comentarios como: "No es normal" (confusión de normalidad con frecuencia) "que suerte ¡Ha salido bien!..."

¿Por qué atribuimos a la suerte o al azar que haya niños y niñas con estabilidad emocional y comportamientos adecuados? ¿Por qué no analizamos las consecuencias de situaciones, tan frecuentes, en que las familias dimiten del rol educativo desde la primera infancia? Frases como: "no soporto que llore (a los 2 años)" "Ya le enseñaran a comer en la escuela así en casa no debo enfrentarme con él" y un largo etc. Son muestras de ello

Por tanto creemos que, en muchos momentos la diversidad de respuestas inadecuadas que aparecen en la infancia responde mucho más a una necesidad de buscar referentes, con lo que se intensifica la búsqueda, el probar, la no aceptación, la demanda,... y reabre el círculo vicioso de las contradicciones adultas.

A medida que se avanza en edad los recursos para generar conflicto y la diversidad de formas de comportamiento en la pubertad y la adolescencia acaba de crear más debate e hipótesis en la misma línea.

Es frecuente oír en los centros educativos, en las familias y en la misma sociedad comentarios del tipo: "Hoy día los adolescentes son..."; "son muy diferente de antes, rompen todos los límites, provocan, no respetan casi nada",; "son agresivos, impacientes y desmotivados..." y un nuevo largo etc. (Mahle, 2004; Comellas, 2005); se habla de desmotivación y fracaso escolar creciente en relación a otras épocas, cuando los referentes no son los mismos, y a menudo no se tiene en consideración su propia opinión y el análisis que hacen de sí mismos y del entorno (Funes Jaume Dir., 2004; Bonal,). Ni la manera cómo damos respuesta a las necesidades que tienen en la sociedad en la que vivimos.(Bonal & González,)

En el momento en que estos comportamientos pueden ser perjudiciales para los propios individuos o para la colectividad las respuestas adultas son cada vez más extremas, impacientes y pueden llegar a desbordar los límites de la racionalidad y del diálogo (un ejemplo claro está en opciones como la de los centros dirigidos por la asociación WWASP)

Paralelamente, también hay una cierta tendencia en enfocar estas situaciones sin profundizar en las raíces y causas de la situación utilizando con demasiada facilidad explicaciones más clínicas que educativas, más sociales que personales si considerar, sistemáticamente las relaciones de las diferentes causas, con una visión pluridisciplinar, con lo que se pueden tomar decisiones de forma relativamente confortable, pero parcial y poco adecuada. (Gilbert Frédéric & Hugnet Guy, 2006)

Y si nos ponemos en el punto de vista de la adolescencia, ¿qué descubriremos?, ¿tendremos la capacidad de oír y escuchar su opinión, su visión sin prejuicios?,

Valoraremos su punto de vista como un eje, al menos, de análisis de lo que les pasa y cómo lo viven o nuevamente crearemos que “no tienen razón y quieren justificarse?”

¿Creeremos que pueden tener una parte de razón cuando nos dicen que se sienten perdidos y que no entienden los enfrentamientos de los adultos, que sienten que molestan y que ya los adultos se desentienden de lo que les pasa?

Algunos ejes de desconcierto:

Creemos que muchos de estos argumentos, compartidos posteriormente con familias y de población infantil y adolescente, y profesionales que intervienen en infancia y adolescencia, tienen un gran valor tanto diagnóstico como de interpretación y reconsideración de las conductas adultas.

No queremos con nuestro planteamiento ofrecer un enfoque interpretativo cerrado sino procurar acercar puntos de vista, en base a las demandas que hace cada uno de estos colectivos: familia, profesorado y adolescentes. Para descubrir nuevos puntos de vista que permitan, básicamente, no mirar sólo lo que hacen sino, básicamente, qué hacemos y qué decisiones se toman que añadan coherencia al proceso educativo. Por ello planteamos unos ejes que pueden favorecer el análisis de forma más segmentada.

1. La sobreprotección familiar
2. La desvalorización escolar y diferente análisis de la realidad por parte de unos y otros
3. Las ofertas que les hace la sociedad
4. La convivencia y valores que creamos entre todos
5. El futuro, las exigencias sociales y la necesidad de formación

1. La sobreprotección familiar

A menudo la dinámica familiar se centra en cuestiones organizativas y en unos aspectos que son funcionales, pueden favorecer la convivencia, pero que pueden tener diferentes formas de resolverse.

Cuando desde la infancia se han adquirido unas habilidades que permiten dar respuesta, con facilidad, a unas necesidades cotidianas: orden de la habitación, compra de productos básicos, tareas domésticas... creemos que en la adolescencia todos estos requerimientos se resolverán de forma rápida y constante. Nada más lejos de la realidad.

Precisamente por la madurez cognitiva y social que se adquiere en esta etapa de la vida se llega a la conclusión que el orden, limpieza y el día a día exige la resolución de unas tareas que no tienen nada de creativas y que, además, condicionan la libertad y no pueden evadirse lo que no quiere decir que generen motivación en su resolución.

Por este motivo éste es uno de los focos de enfrentamiento: queremos y creemos que precisamente al ver la necesidad ya lo harán y queremos que, además, lo hagan, a nuestra manera y siguiendo el modelo organizativo de la familia. Cuantas veces no se oye en una tertulia entre adolescentes decir: “cuando esté en mi casa no lo haré así”

Vemos pues que hay una distancia, necesaria entre el orden lógico de los adultos y el orden funcional de los adolescentes: ya saben donde tiene sus cosas (dentro del desorden); ya acabaran las tareas, ni que sea de forma superficial (cuando ven que se les acaba el tiempo), ya procuran controlarlo todo (aunque sea de forma precaria) pero ¿no será este un proceso necesario para poder comprender, realmente, lo que implica ser responsable y controlar todas las variables?

Esta manera de responder genera un malestar en la familia en función de la distancia entre los patrones adultos y las conductas de los hijos. Llega la respuesta y exigencia de los adultos. Pero... ¿cómo lograr una actuación que siga los patrones familiares en formas y temporalización? Casi la respuesta es clara: No se puede pedir imposibles.

La respuesta familiar, en este momento debe ser coherente: es imprescindible la exigencia a nivel doméstico, tener alguna responsabilidad que implique acciones en beneficio personal y del grupo familiar: comprar, cocinar, limpiar, cuidar,... en función de las posibilidades personales, horarios y actividades que se realizan (en la escuela y fuera), de la proximidad de los recursos etc.

Esta responsabilidad potencia el sentimiento de pertenencia y de cohesión: se resuelven las necesidades comunes entre todos los miembros del grupo en función de la edad y posibilidades. **Por tanto no deben ser resueltas por nadie.**

Evidentemente en algún momento se producirá la crisis: quedan cosas por hacer. En este momento las regañinas no tienen ningún sentido, los castigos tampoco, el hecho de que el grupo pueda recibir las consecuencias de esta falta de responsabilidad no debe ser pretexto para que los adultos lo resuelvan.

Sencillamente debe ponerse en evidencia que era necesaria la participación y que repercute en el grupo la falta de responsabilidad de cada uno de sus miembros. Este es el núcleo del aprendizaje.

Pero si después de hablar, discutir, exigir día a día los adolescentes se encuentran que tienen resueltas las tareas que les corresponden, si los adultos, para evitar las consecuencias en el grupo, lo resuelven, **hay una clara contradicción entre lo que decimos, lo que decimos exigir y la realidad**

Esta situación es un claro foco de desconcierto:

¿Si era tan necesario por qué lo resuelven los adultos?

¿Si su sistema es tan eficaz por qué no me dejan explorar otro y así lo puedo comprobar?

¿Si es cierto que tendré problemas por qué no me dejan resolverlos? ¿Será que no confían en mí?

En esta etapa el tema de la autonomía va relacionado con dos grandes aspectos:

1. **La necesidad de autoafirmarse y poder tomar decisiones** en función de los propios intereses y necesidades inmediatas, que permite organizarse en el ámbito personal.
2. **La necesidad de que la familia continúe dando unas pautas claras** del funcionamiento familiar, para favorecer la comprensión de que existen necesidades reales (que no son ningún capricho), individuales y del grupo, a las que hay que dar respuesta.

La posibilidad de tomar decisiones debe ser planteada de forma abierta y con argumentos reales (apelando a la salud, los derechos del colectivo familiar y los criterios funcionales que han regido en el grupo hasta ese momento) y serán los adultos quienes darán respuestas razonadas aceptando el punto de vista de los adolescentes, si es posible, y manteniendo los familiares en la medida que se considere necesario.

La toma de decisiones, aunque pueda dar una cierta inseguridad, deberá responder a la búsqueda de alternativas. La exigencia en responder a las decisiones deberá ser la respuesta autónoma personal, en la que hay que evitar conductas infantiles y no perpetuar la sobreprotección.

Se trata de buscar y lograr, con la máxima serenidad posible, si se considera adecuado, la negociación de algunos aspectos y argumentar el por qué de los que no son negociables: no todo debe serlo ni los padres han de verse obligados a aceptar un modelo que no pueda ser asumido.

Es importante que se consoliden las actitudes de respeto, de funcionamiento grupal y de responsabilidades personales, ya que en esta etapa se acabarán de construir las competencias funcionales que han de permitir una vida autónoma de calidad, compartir un espacio con otros adultos, y de ningún modo debería peligrar el aprendizaje de estas competencias tan necesarias.

Creemos que es importante que en ningún caso el núcleo familiar se convierta en un dispensador de servicios, en el que se encuentra respuesta a todas las necesidades básicas pero no genera ninguna corresponsabilidad, ni actitudinal ni funcional.

Por tanto, el enfrenamiento en la adolescencia no debe repercutir en aspectos básicos ni obstaculizar la madurez. Las discusiones pueden entrar en el marco relacional, pero las consecuencias que ocasionen la propia dinámica y actuación personal serán factores reguladores que los adultos deberán potenciar.

2. La desvalorización escolar y diferente análisis de la realidad por parte de unos y otros

Este es otro foco de desorientación y desconcierto entre la adolescencia de hoy día. El debate se centra en la necesidad de tener el máximo de formación posible para tener el máximo de oportunidades en un mundo cambiante, globalizado, que permite el intercambio de personas y que exige capacidad de adaptación a nuevas tareas y nuevos retos.

Cuando los adultos comprenden el alcance de esta situación quieren, sin duda, lo mejor para los hijos, en este caso los adolescentes. Pero ¿cómo motivarles?, es decir ¿cómo crear MOTIVOS para el estudio y la formación? Si parece que todo les da igual.

Volvemos a centrar el eje en la desmotivación de la adolescencia pero ¿por qué no miramos las posibles causas de esta falta de motivación en lo escolar? Ya que no están desmotivados por todos los temas sino sólo por algunos.

En primer lugar parece que les motivamos a fuerza de desprestigiarlos. Si no estudias repetirás, si no estudias no serás nadie, si no estudias no saldrás... y un largo etc.

El hecho de que el sistema educativo esté sometido a profundos cambios, que producen inestabilidad, y a la búsqueda de unos objetivos más ajustados a la realidad actual, añade complejidad a esta situación ya que se plantean unos aprendizajes con unas metodologías en muchos momentos cuestionables.

Es importante hacer un análisis de la realidad para comprender que no todo el mundo lo puede hacer todo, aunque se esfuerce, ni quiere hacerlo todo. Por tanto será preciso buscar itinerarios que potencien la promoción en contacto con la realidad, y un acercamiento profesional, para que cada individuo pueda ir descubriendo alternativas plurales, satisfactorias no desvalorizadas, clave para construir de forma adecuada la autoimagen y autoestima.

Por tanto, la familia, desde la distancia de la vida cotidiana y con el interés y posibilidades propias de cada adulto, se preocupará por estimular el interés hacia el trabajo escolar, se interesará y estará en contacto, durante la escolaridad obligatoria, y menos en la postobligatoria, con los adultos profesionales a fin de ponderar los rendimientos, intereses, decisiones, y poder orientar de forma adecuada el proceso a seguir.

Es importante que se consoliden las actitudes de respeto, de reconocimiento profesional y adulto que potencie el diálogo educativo que permita que los menores se sientan cuidados por los dos contextos que comparten su vida.

Las discrepancias posibles e incluso lógicas no deben empañar las creaciones basadas en el acompañamiento educativo y en las acciones cotidianas.

Por ello el discurso en este caso debe ir en la misma dirección pero buscando la reflexión suficiente como para variar metodologías (Morin, 2001), seleccionar algunas informaciones en un mundo donde hay mucha información y ahondar en el aprendizaje de interpretar, relacionar y seleccionar las informaciones así como en la mejor manera de implicar al alumnado en el proceso de aprendizaje (Zimmerman, Bonner, & Kovach, 2000).

3. Las ofertas que les hace la sociedad

Este es uno de los aspectos que más preocupaciones genera. No hace falta hablar de la sociedad del consumo. Estamos en ella y es preciso aprender a vivir en ella.

Ahora bien el grupo diana de esta sociedad es sin duda la infancia y la adolescencia (Mahle, 2004). El riesgo es que si no hay coherencia la oferta va más allá del simple consumo y uso de objetos: móviles, videojuegos, moda y otros productos para llegar a ser consumidores de productos para consumo personal.

Por un lado pues estaríamos hablando de la necesidad de una economía que permite este consumo, más o menos necesario. Se les habla de las dificultades de la vida, del futuro, de las necesidades de trabajar pero se les da mucho más de lo que precisan e incluso de lo que piden. ¿Qué necesidades estamos creando y que contradicciones estamos evidenciando? ¿Hacia qué nivel de recursos económicos les abocamos?

Por otra parte las respuestas adultas ante retos y propuestas que llevan a la adolescencia a unos riesgos exagerados. Cuando hacen demanda de ocio, de dinero, de libertad en edades en que no corresponde lo que pueden plantear. ¿Cómo mantener una coherencia que no les lleve a tener que gestionar unas dificultades en edades en que no pueden correr estos riesgos como para que lleguen a ser perjudiciales y condicionar su presente y su futuro?.

La necesidad de no desorientarles es si cabe mayor que en las situaciones planteadas anteriormente. Las contradicciones adultas desorientan mucho más ya que, en muchos casos, aunque hagan las demandas no esperan la respuesta afirmativa sino de control de los adultos precisamente como prueba de que les están guiando.

No es posible que la ecuación esté en manos de la publicidad y que entre todos justifiquemos los problemas de la adolescencia atribuyéndolos a la sociedad ya que la sociedad somos cada persona en cada momento tomado decisiones que consideramos pertinentes o no.

4. La convivencia y valores que creamos entre todos

El proceso de socialización es uno de los aspectos más valorados por la adolescencia, debido a la necesidad de mayor autonomía, de distanciarse de los adultos (superando la protección de la privacidad familiar), construir la propia imagen e ir avanzando en el proceso de integración al mundo externo.

Por la socialización se adquiere autonomía relacional, adaptación al contexto de formación. Se amplían las relaciones en otros ámbitos, de modo que puede haber una vinculación con otros colectivos a partir de intereses culturales, sociales, políticos, deportivos o simplemente personales.

Por ello la amplitud de enfoques, personas, objetivos y logros será el factor potenciador de esta apertura al mundo, lo que exigirá que en el núcleo familiar se establezcan otras dinámicas como consecuencia de compromisos y obligaciones exteriores.

Esta apertura si bien positiva y necesaria puede volver a ser foco de conflicto y de desorientación para los adolescentes. Por las ansias de descubrir el mundo circundante y las posibilidades personales, es frecuente que se abran nuevas perspectivas que no siempre son comprendidas ni aceptadas por la familia.

No debería interpretarse el alejamiento del núcleo familiar en pro de actividades plurales, como pérdida de afecto. Las inseguridades en las relaciones interpersonales o la insatisfacción con respecto a la dinámica de grupo no deben ser motivo de presión por parte de los adultos. Se pueden hacer comentarios para favorecer el análisis, pero sin juicios de valor en relación a las personas o a los hechos.

En este contexto las normas sociales acostumbran a ser uno de los focos de desorientación y contradicciones. A menudo los adolescentes son menos normativos en aspectos externos que en aspectos fundamentales: forma de vestir, lenguaje corporal, verbal y gestual, manera de moverse generan, en muchos casos, generan malestar con el mundo adulto, ya que buscan una imagen de oposición, contra todo lo que representa “estabilidad”, “pautas de contención” y aspectos formales.

¿Qué ocurre cuando entramos en aspectos más fundamentales y que implican unos valores? En este momento entra en juego, de forma muy significativa, el bagaje que tienen desde la infancia y el análisis crítico que hacen, no desde la mirada adulta sino desde su propio punto de vista, sin justificaciones.

¿Por qué los adultos dicen una cosa y hacen otra? ¿Por qué los adultos de casa pueden desprestigiar a los adultos del centro educativo? ¿Por qué confían en una institución de la que sólo hablan mal?

Estas serían inicialmente grandes preguntas que generan desconcierto en la adolescencia. Lógicamente saben que tienen sólo una parte de la información, que no tienen la madurez suficiente para enfrentarse con la realidad, saben sus limitaciones pero no por ello dejan de pedir que se les considere. Ahora bien lo que es complejo de

aceptar y, especialmente de comprender, es cómo los adultos no tenemos un enfoque más próximo ante muchas de las demandas que hacen y de la realidad en la que viven.

Se analiza, por ejemplo, las normas de circulación y ¿Cuántos adultos no actúan de forma irrespetuosa? Las normas mismas del centro educativo no son respetadas por los adultos y aceptan la complicidad del adolescente cuando éste quiere evitarlas.

Las imágenes que se ven en las relaciones entre colectivos adultos ya sea en el terreno de la vida privada o de la vida pública es un modelo que no tiene mucho de modélico y que es más que difícil que durante la adolescencia merezca una consideración y quiera imitarse. Muchos dicen: “No, yo no quiero acabar así y hacer esto”

Por tanto aunque haya una pluralidad las medidas que se toman ya sea en el contexto escolar, familiar o social, deberían mejorar la comprensión mutua y dejar espacio posible para los matices. Es imprescindible evitar la radicalización entre las normas necesarias, las posibles, las formales y las negociables, ya que sin estas consideraciones no es posible la convivencia ni favorecer la línea educativa que evite el desconcierto y desorientación de la adolescencia.

El diálogo y el conocimiento de los puntos de vista puede ser un factor de mejora de la convivencia, especialmente en un momento en que la diversidad cultural ha adquirido un nivel tan alto. Si se da este diálogo será posible potenciar la reflexión en el seno del colectivo adolescente.

Así mismo es importante ofrecer espacios de debate colectivos y formas asociativas de participación (consejos municipales, comisiones de convivencia...) como elemento clave para la convivencia y el respeto mutuo entre generaciones y evitar este alejamiento hacia el que parece estamos dirigiendo nuestra relación.

5. El futuro, las exigencias sociales y la necesidad de formación

El siguiente paso no es sino la continuidad del que hemos propuesto anteriormente. Con la finalización del periodo de formación obligatoria será preciso tomar decisiones, un poco más determinantes, del posible itinerario a seguir.

En ningún caso debe valorarse como de alto riesgo la decisión tomada (“la profesión de mi vida”) teniendo presente que en la actualidad se ofrecen muchas posibilidades de reconducción de cualquier decisión y nuevas oportunidades más de las que han tenido los adultos actuales.

Por ello la familia debe potenciar el análisis de la propia realidad, la de otros miembros de la familia, personas próximas en el contexto laboral de los adultos, vecindario, y participar en la reflexión sobre posibilidades y tipos de ofertas de empleo evitando incoherencias, alarmismos que de nada sirven y favorecen el desanimo.

Las aportaciones económicas que se ofrecen, los recursos que se dan para el ocio, el acompañamiento de los adultos en el momento de la entrada al mundo laboral son actuaciones que añaden nuevas contradicciones a la percepción de la realidad.

No es posible que los adultos hagan las gestiones en busca de empleo y no sea el propio joven quien las haga y pueda enfrentarse a la realidad. La repercusión va más allá de la sobreprotección e incide en la autoimagen, la autovaloración y a la vez genera más contradicciones entre el discurso que quiere ser motivador y la práctica real que quiere evitar frustraciones y problemas.

Corresponde a la familia orientar en la obtención de informaciones y recursos de oferta laboral, de formación, pero nunca debería resolver la situación ni acompañar excesivamente en la búsqueda de estas informaciones.

Acercarse al mundo profesional adulto, comprender sus parámetros de conducta, las informaciones, los requisitos exigidos, facilidades o dificultades, son elementos altamente educativos, y constituyen un referente del discurso objetivo que debería estar presente en el centro educativo y en la familia.

Un ejemplo de esta desorientación la podemos ver en estos puntos recogidos de diferentes debates con adolescentes entre 13 y 16 años tratando de su opinión en las relaciones con la familia.

1. **El NO** se entiende. Se necesita que los adultos a veces digan que NO, pero, queremos, saber por qué para entender los criterios y el punto de vista.
2. El hecho de saber el por qué de los adultos no quiere decir aceptar con alegría la decisión. **Se debe poder dar la opinión**, debatir (dialéctica) para poder aprender a argumentar, a contrastar opiniones, a buscar matices. A menudo con el debate se comprende mejor lo que se quiere decir.
3. **Los adultos no confían**. Ya saben que no pueden hacer todo lo que piden pero no quieren sentir que la negativa es por desconfianza.
4. **Es complicado entender por qué plantear la colaboración con las tareas domésticas y después las resuelven los adultos**. Está claro que se debe colaborar con tareas fijas en casa y tener responsabilidades.
5. **Es preciso aprender antes de tener esta responsabilidad** y empezar desde pequeños para tener más facilidad y adquirir los “hábitos” de forma más fácil.
6. **El miedo de los adultos** es comprensible teniendo presente la información que se da y los riesgos que hay.

7. **Es importante** expresar sentimientos, decir que “se quiere”, “se entienden”. Con demasiada frecuencia por dificultades o por tensiones no se dice. Hay un deseo y necesidad de sentir que no hay decepciones.
8. **La discriminación por razones de sexo aun permanecen** aunque, en estos momentos es más claro el debate sobre las igualdades en relación a responsabilidades domésticas, laborales, deportivas y de formación. Se exige más a la chica que al chico y a ella mayor control lo que perjudica a todos. Los chicos saben que tiene más permisividad para hacer locuras, ser irresponsables, movidos y hacer tonterías. Luego piden ayuda y representa que las chicas tienen que darla.
9. **El orden y otros aspectos cotidianos pueden representar un conflicto.** Se necesita tener la posibilidad de experimentar diferentes formas de organización pero es importante, que el adulto no resuelva las situaciones ni se cree tensión. Así se ve la necesidad y se comprende mejor cómo hacerlo.

Bibliografía

Bonal, X. d. A., & González, H. R. i. S. Apropiacions escolars. Usos i sentits de l'educació obligatòria en l'adolescència. 2003: Octaedro, la Fundació Jaume Bofill i l'Institut Municipal d'Educació de Barcelona .

Comellas, M. J. (2005). El culto al cuerpo prepercusiones y enfoque educativo. J. Alegret, M. J. Comellas, Font Pere, & J. Funes (AA.VV), Adolescentes: relaciones con los padres, drogas, sexualidad y culto al cuerpo (pp. 119-146). Barcelona: Graó.

Funes Jaume Dir. (2004). Arguments adolescents. Barcelona: Generalitat de Catalunya.

Gilbert Frédéric, & Hugnet Guy. (2006). Enfants sages sur ordonnance. Paris: Hugo Doc.

Mahle, V. (2004). Ados, comment on vous manipule. Paris: Albin Michel.

Morin, E. (2001). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. Barcelona: Paidós.

Zimmerman, B., Bonner, S., & Kovach, R. (2000). Des apprenants autonomes. Bruxelles: De Boeck.